

Claroscuro N° 21 (Vol. 1) - 2022

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Título: Territorios y subjetividades en movimiento: migraciones, masculinidades y militarización en África

Title: Territories and Subjectivities in Movement: Migrations, Masculinities and Militarization in Africa

Autor(es)/Author(s): Adriana Franco Silva

Fuente: Claroscuro, Año 21, N° 21 (Vol. 1) - Julio 2022, pp. 1-35.

DOI: 10.35305/cl.vi21.111

Publicado en: <https://claroscuro.unr.edu.ar/>



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.



Universidad
Nacional
de Rosario

Territorios y subjetividades en movimiento: migraciones, masculinidades y militarización en África

*Adriana Franco Silva**

Resumen

Desde el establecimiento de la colonialidad, los territorios y subjetividades han sido pensados como categorías cerradas que garantizan el control de los sujetos que se benefician de la hegemonía capitalista. La jerarquización de los cuerpos, territorios, sentires y pensares ha producido ejes de dominación anclados al sentido de mundo de la modernidad capitalista colonial. Bajo esa organización, el Estado ha sido una de las instituciones que reproduce las aristas de opresión para mantener la estructura reificada. En ese ordenamiento, las poblaciones migrantes han sido representadas como una otredad que amenaza la seguridad y bienestar del Estado. Frente a esta exclusión, las y los migrantes han reconfigurado territorios y subjetividades para sobrevivir a la abyección. En el contexto neoliberal, los hombres han recreado sus masculinidades para hacer frente a las desigualdades y violencias estructurales. Por esa razón, en este artículo se identificará la manera en la que se ha relacionado la masculinidad hegemónica con las diferentes subjetividades, y se analizarán las formas en las que se rearticulan las masculinidades en el contexto de la crisis civilizatoria. Debido a que las masculinidades son cambiantes, en este texto se recuperarán particularmente los casos de Sudáfrica y del Sahara y el Sahel.

Palabras claves: Masculinidades; migración; militarización; subjetividades; África

*Universidad Nacional Autónoma de México.

E-mail: adriana.franco@politicas.unam.mx

Recibido: 23/05/2022, Aceptado: 12/07/2022

Territories and subjectivities in movement: migrations, masculinities and militarization in Africa**Abstract**

Since the establishment of coloniality, territories and subjectivities have been thought of as closed categories that guarantee the control of the subjects that benefit from capitalist hegemony. The hierarchy of bodies, territories, feelings, and thoughts have produced axes of domination anchored to the sense of the world of colonial capitalist modernity. Under that organization, the State has been one of the institutions that reproduce the edges of oppression to maintain the reified structure. In this system, migrant populations have been represented as an otherness that threatens the security and well-being of the State. Faced with this exclusion, migrants have reconfigured territories and subjectivities to survive abjection. Men have recreated their masculinities to confront structural inequalities and violence in the neoliberal context. For this reason, this article will identify how hegemonizing masculinity has been related to different subjectivities. It will also analyze how masculinities are rearticulated in the context of the crisis of civilization. Since masculinities are changing, the cases of South Africa, and the Sahara and the Sahel will be particularly recovered in this text.

Key-words: Masculinities; migration; militarization; subjectivities; Africa

1 Introducción

Desde la colonización de Asia y África, las dinámicas socioterritoriales de las y los habitantes de estos continentes han sido modificadas por la modernidad capitalista occidental, debido a la incorporación asimétrica de dichos territorios a las dinámicas capitalistas mundiales. En términos generales, la colonización se sustentó en dualidades jerarquizadas para ordenar la cotidianidad de los diferentes pueblos del orbe a partir del punto de enunciación moderno colonial, lo cual ha generado violencias simbólicas, estructurales y directas en contra de los cuerpos, sentires y pensares que no responden al ideal de la modernidad. Los ejes de dominación han sido múltiples, pero algunos de los más enunciados son la raza, la clase, el género y la sexualidad. Sin embargo, la nacionalidad también se ha consolidado

como una condición de abyección en estos espacios desde la creación de los Estados modernos, sobre todo en la configuración de los territorios y las subjetividades.

En la estructura del sistema capitalista, el Estado ha sido proyectado como la forma de organización socioterritorial por excelencia, debido a que este permite el control de los flujos comerciales y el monopolio de la violencia en contra de grupos opositores a los intereses de los sujetos dominantes (Gandarilla 2012). El Estado, como ordenamiento totalizante, también ha reforzado la idea de que lo sedentario es lo moderno, lo que permite el avance de las comunidades y el desarrollo de la civilización. No obstante, la historia, particularmente la africana, demuestra que lo móvil y lo sedentario no eran categorías opuestas ni homogéneas antes de la imposición colonial (Lafontaine 2021: 35), sino que éstas respondían a un entramado de relaciones que abrían las posibilidades de organización. Sin embargo, con el establecimiento del Estado colonial se impuso la territorialidad capitalista que se basa en dicotomías para la explotación de la alteridad y la naturaleza.

El Estado también ha reificado los territorios y las subjetividades para tener un mejor control y disciplinamiento de las comunidades. Antes del dominio colonial, las subjetividades de los pueblos del continente africano no eran estáticas. Empero, con la colonización europea se establecieron identidades inalterables en términos socioculturales vinculadas a la nacionalidad, pero también al género (Ranger 2002). Así, aunque las identidades culturales eran fluidas, éstas fueron fijadas a través de las identidades políticas nacionales. El ordenamiento estatal se acompañó del patriarcado colonial, que reconoce a las subjetividades sexo-genéricas en términos dicotómicos, donde lo masculino se proyecta como algo superior a lo femenino.

En Europa occidental, el sistema sexo-género dual y heteronormado se fortaleció durante la transición del capitalismo mercantil al industrial. Bajo este ordenamiento, la masculinidad hegemónica se asoció a la agresividad y provisión, principalmente. Durante ese momento, las dinámicas de obtención de plusvalía se modificaron (de la absoluta a la relativa), lo que reforzó la división del espacio público-masculino y privado-femenino, que oculta la importancia del trabajo doméstico no remunerado realizado por las mujeres (Federici 2018). Así, la idea de masculinidad que se normalizó fue la del macho proveedor que muestra fortaleza y agresividad (Sayek 2014). Esa representación se propagó en el continente africano a partir de la colonización, se mantuvo con las independencias y se profundizó durante el periodo neoliberal.

La masculinidad es un concepto relacional, ya que existe solo en contraste con la femineidad. Se trata, además, de un concepto moderno, no ha existido desde siempre ni en todas las culturas. Es un conjunto de significados, siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros y con nuestro mundo. La masculinidad no es estática ni atemporal, es histórica (Chiodi 2019:11).

Sin embargo, aunque las masculinidades son diversas, la que se propagó con la colonización ha pretendido consolidar una posición social privilegiada para los varones que cumplen con las normas y prácticas establecidas por el sistema (Chiodi 2019: 12). Dichos comportamientos están estrechamente vinculados con praxis violentas que buscan garantizar y mantener el dominio. A pesar de esto, aunque la masculinidad hegemónica¹ se ha impuesto como la ideal, ésta no puede ser igual para todos los varones en un sistema desigual como el capitalista, por lo que es importante comprender cómo las masculinidades son atravesadas por ejes de dominación como el racial, de clase, nacional, entre otros. Además, las diversas subjetividades resisten, no son homogéneas y adquieren características y particularidades dependiendo de los espacios y tiempos en los que se despliegan.

Las masculinidades no son disposiciones inamovibles; éstas cambian con los momentos y en los territorios, porque son “un conjunto de prácticas e ideas que resultan de subjetividades inestables que están en proceso de ser y devenir” (Musariri y Moyer 2021: 894). Las masculinidades son complejas e interseccionan con otras estructuras del sistema capitalista. Inclusive, algunas veces son contradictorias. Por su parte, las masculinidades hegemónicas, que buscan proyectarse a partir de las lógicas de la hegemónica, también son múltiples y cambian de acuerdo con los lugares y tiempos en donde se desarrollan, pero se sustentan en prácticas violentas que reproducen la idea universalizante de ser hombre (Ammann y Staudacher 2021: 760).

Bajo esa perspectiva, el movimiento reconfigura las masculinidades. Por eso, las migraciones son procesos que permiten observar la restructuración y reinterpretación de dichas subjetividades. Si bien las migraciones no son dinámicas contemporáneas, a partir de finales del siglo XX e inicios del XXI éstas se han incrementado en términos relativos y absolutos. De acuerdo

¹Se utiliza la palabra hegemónica para hacer énfasis en que no es una subjetividad que domine o abarque absolutamente todo. Así, aunque se proyecta como “universal”, convive e interactúa con sentidos de mundo otros, los cuales resisten y se reconfiguran a pesar de los intentos por suprimirlos u omitirlos.

con el informe de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) 2022, “el número estimado de migrantes internacionales no ha dejado de aumentar en los últimos 50 años. En 2020 vivían en un país distinto de su país natal casi 281 millones de personas, es decir, 128 millones más que 30 años antes, en 1990 (153 millones), y más de tres veces la cifra estimada de 1970 (84 millones)”.

En los últimos años, los flujos migratorios de trabajadoras también se han incrementado. En África, la migración de mujeres aumentó en un 88 % de 1990 a 2020, mientras que la de los hombres tuvo un alza del 80 % en ese mismo periodo (OIM, 2020). A pesar de eso, los hombres concentran el mayor número de personas migrantes en términos absolutos (OIM, 2022: 39), debido a la masculinidad hegemónica del sistema colonial capitalista patriarcal. El incremento de mujeres migrantes no se puede desvincular de la crisis civilizatoria de los últimos años, la cual también ha producido reformulaciones en torno a las masculinidades, particularmente las migrantes, que se construyen y procesan de manera relacional por la interacción con otras masculinidades y territorios en un contexto de crisis. (Pande 2017: 385).

En términos generales, las diversas masculinidades migrantes se han configurado a partir de los espacios que atraviesan. Sin embargo, en la mayoría de los casos éstas han procurado proyectar la representación de la masculinidad hegemónica. Por su parte, las subjetividades de los países de destino han diluido las causas estructurales de las crisis socioeconómicas culpando a las personas migrantes de los problemas de sus países. Así, “la movilidad de los migrantes ha sido limitada con medidas restrictivas. Los Estados han recurrido a la criminalización de la migración o ‘crimigración’ para disuadir o castigar a los solicitantes de asilo y los migrantes irregulares” (OIM 2020: 364). De esta manera, el planteamiento central de este artículo es que las masculinidades migrantes y las nacionales se ha sustentado en la militarización y la ocupación de cuerpos y territorios, particularmente en el periodo neoliberal, para su devenir. Para los hombres en movimiento, la migración se ha convertido en una alternativa para rearticular sus masculinidades, las cuales han sido marginalizadas por las dinámicas capitalistas contemporáneas. Para las poblaciones de los países de destino, la migración también ha fortalecido los discursos que proyectan una masculinidad hegemónica que debe “proteger” a la nación, lo cual se ha visto materializado en la criminalización del movimiento y la militarización de los territorios.

Así, el texto se dividirá en tres apartados. En el primero se estudiarán los territorios y las subjetividades vinculadas con la migración, con el fin de explicar la forma en la que el territorio hegemónico, representado en la estructura del Estado-nación, se extendió en el continente africano e impuso subjetividades ligadas a la estructura del sistema capitalista global, fortaleciendo los discursos nacionales y reproduciendo la masculinidad hegemónica. De tal suerte, se recuperarán los conceptos centrales de la territorialidad y se vinculará la categorización de Topek sobre las subjetividades migrantes con las masculinidades. En el segundo apartado se analizará la imposición de la masculinidad hegemónica en África y la reconstrucción de las masculinidades en contextos de movimiento para conocer algunas de las estrategias para reinterpretar dichas subjetividades. Finalmente, se describirá la criminalización de la migración y la militarización de los territorios para ejemplificar el reajuste de la masculinidad hegemónica para el control de la crisis civilizatoria contemporánea.

Para el estudio de la reconfiguración de las masculinidades en contextos migrantes se recuperará el caso sudafricano. El análisis se realizará a partir del estudio de artículos que fueron resultado del trabajo de campo con poblaciones migrantes que llegaron a este país. Sudáfrica ha sido el principal destino de las poblaciones migrantes en África (OIM 2022: 64). Además, en este país las desigualdades y crisis estructurales han impulsado la propagación de violencias xenófobas durante los últimos años a pesar del fin del sistema de segregación racial. Por su parte, el estudio de la militarización y la criminalización de la violencia se centrará en la región del Sahara y el Sahel, debido a que ésta ha sido la zona de mayor preocupación para los intereses europeos frente al incremento de las migraciones en el siglo XXI. En la actualidad, la masculinidad hegemónica sigue caracterizando las relaciones de los países europeos con otras regiones del mundo, por eso la militarización se ha proyectado como la “solución” al “problema” migratorio.

2 Territorios y subjetividades no ancladas

El territorio no sólo es un pedazo de tierra, es un espacio colectivo donde se crea y recrea la vida. Para muchas comunidades, los territorios no tienen límites físicos estáticos, sino que son porosos y se relacionan con otros espacios y comunidades. El territorio no es un lugar inerte que se construye desde la individualidad, sino que se estructura a partir de las relaciones de los

seres animados, pero también de los inanimados, de los visibles y de los que no podemos ver. “El territorio es por tanto material y simbólico al tiempo, biofísico y epistémico, pero más que todo es un proceso de apropiación socio-cultural de la naturaleza y de los ecosistemas que cada grupo social efectúa desde su ‘cosmovisión’ u ‘ontología’” (Escobar 2014: 91).

Para Porto (2002), la territorialización es el proceso de apropiación del territorio por parte de diferentes comunidades. Empero, en este texto se considera que la territorialización no sólo tiene que ver con una práctica de apropiación, sino que implica las formas en las que las comunidades se relacionan con los diferentes seres y elementos del territorio. Estas interacciones dan lugar a las *territorialidades*, es decir, a las maneras de ser, pensar e interactuar en y con los territorios, lo cual está estrechamente vinculado con las subjetividades o las formas en las que percibimos el mundo.

La territorialidad “involucra desde el nivel más abstracto de entendimiento y organización de la vida hasta el más concreto y específico. El territorio es el ámbito fundamental y estratégico de la reproducción general y en la concepción del territorio y de lo político se ubica el nodo fundante de las relaciones de poder” (Ceceña 2018: 181). No obstante, aunque las territorialidades son múltiples y se asocian con las diversas subjetividades, la territorialidad capitalista se ha posicionado como la totalizadora a partir de la figura del Estado-nación. Esta territorialidad ha contribuido a la fijación de las identidades sociopolíticas y a la configuración de masculinidades ancladas a territorios particulares. A pesar de esto, las dinámicas, praxis, sentires y pensares de los distintos pueblos han permitido la resistencia y re-existencia de lo que Escobar (2014) ha denominado *territorios de diferencia*.

Para el capitalismo, el Estado-nación fue la organización territorial que le proporcionó mayores beneficios para su reproducción, ya que este garantizaba el control y apropiación de las riquezas y los flujos económicos, lo que a su vez promueve la acumulación y valorización de capital. Por esa razón, en ese sistema los territorios de diferencia y las territorialidades y subjetividades alternativas han sido representadas como amenazas para las organizaciones estatales o para el capital transnacional. Cuando los riesgos son profundos, las estrategias capitalistas direccionan procesos de des y re-territorialización (Agnew y Oslender 2010: 194), debido a que “la dimensión territorial sigue siendo la base de producción de la materialidad, de la organización de la vida y, con ella, de la politicidad y del disciplinamiento social” (Ceceña 2018: 182).

En ese sentido, el Estado y su soberanía se han consolidado como características fundamentales para la organización territorial absoluta; es decir, para aquella que es central para la producción y reproducción de capital (Agnew y Oslender 2010: 195). Sin embargo, el Estado es sólo una forma de estructuración social, y aunque este se ha proyectado como el modelo ideal, civilizado y avanzado, no es el único probable ni deseable. De acuerdo con Ceceña (2018), la territorialidad capitalista se ha establecido por medio del conflicto o de las diversas modalidades de la guerra, ya que la hegemonía se expande a través de estrategias que modifican los sentidos de mundo para imponer el ethos capitalista a través de la proyección de violencias simbólicas, directas y estructurales. Esta situación también se ha vinculado con la forma en la que se representa la masculinidad hegemónica, que es la que mantiene el orden establecido.

En África², como en otros territorios colonizados por la Europa capitalista, la expansión de esta territorialidad hegemónica se dio a partir del siglo XVI con la colonización de América Latina y la instauración del proceso de esclavitud en el continente africano. Esta territorialidad se reforzó a finales del siglo XIX con la institucionalización de la colonización y ocupación territorial de África, y se mantuvo con las independencias a mediados del siglo XX. Desde los primeros años de expansión del sistema capitalista, los conocimientos europeos se posicionaron como los prescriptivos, los que debían ser seguidos por las demás comunidades para alcanzar la modernización y el desarrollo. Esto, además, implicó la negación de los conocimientos y territorialidades otras (Mfecane 2020: 2), violentando y humillando los cuerpos que ocupaban estos territorios y que percibían al mundo de una manera diferente a la de la acumulación del capital.

Frente a estos territorios de diferencia, los países europeos implementaron un proceso de desterritorialización, el cual garantizó la explotación de los cuerpos africanos y la ocupación territorial. La esclavitud y el

²En el texto se habla de “África” en términos generales con la intención de identificar la historia colonial y de subordinación que comparten los pueblos del continente por la injerencia europea. Sin embargo, se reconoce que los territorios y pueblos de África son diversos y que homogeneizar puede reproducir estereotipos y violencias. A pesar de esto, el objetivo es recuperar el legado colonial y de subyugación común para comprender el proceso de colonización y la incorporación forzada de África al sistema capitalista. Asimismo, aunque se reconoce que las dinámicas coloniales no fueron las mismas en todos los espacios y tiempos (incluso las modalidades de colonización fueron diferentes a pesar de ser encabezadas por la misma metrópoli), en todos los casos estas contribuyeron (en magnitudes diferentes) a la expansión e intensificación del sistema capitalista a escala planetaria.

posterior proceso de colonización de África fueron justificadas a partir del discurso de la barbarie de los pueblos, pero también de la proyección de diversos espacios como territorios vacíos que estaban a la “espera” de la ocupación o “penetración” europea, lo que evidencia el despliegue de la masculinidad hegemónica que acompañó a la colonización. Por su parte, la reterritorialización fue un proceso cargado de violencia que asintió la incorporación del continente en una posición de marginación dentro del sistema capitalista internacional. La imposición del Estado colonial y sus sucesores independientes reprodujeron dicha territorialidad. No obstante, otras sobrevivieron dentro de los espacios nacionales, dando origen a lo que Agnew y Oslender (2010) han denominado *territorios superpuestos*.

En términos generales, las independencias de los países africanos no cuestionaron las bases del Estado-nación, lo que permitió la reproducción de jerarquías que son fundamentales para la valorización del capital. Como se mencionó, el capitalismo se extendió a nivel mundial a partir de la producción y reproducción de discursos dicotómicos sustentados en los conocimientos binario-cartesianos que justificaban la subordinación de todo aquello que fuera representado bajo el planteamiento de la otredad. En ese sentido, desde la territorialidad hegemónica se difundió la escisión entre las poblaciones que son parte de los Estados y quienes no lo son a partir de tradiciones vinculadas al nacionalismo. De esa manera, lo nacional se posicionó por encima de lo extranjero y se asumió que sólo las vidas de las y los connacionales eran dignas de protección (Mangezvo, 2016: 92).

El nacionalismo fue uno de los movimientos políticos centrales para asegurar el mantenimiento de los nuevos Estados independientes. De acuerdo con Mudimbe (1988), muchos de los nacionalismos africanos se basaron en el reconocimiento de la negritud y en la resistencia al colonialismo. Empero, uno de sus principales retos era garantizar el control de los Estados independientes (101-104). Para asegurar esto en un sistema desigual dirigido por la modernidad capitalista era indispensable mantener la unión de los diversos grupos socioculturales. Por esa razón, el nacionalismo se proyectó como una respuesta viable frente a dicho problema. No obstante, “las ‘comunidades inventadas’ que veían los africanos eran más pequeñas y más grandes que la nación, algunas veces en tensión creativa entre ellas, otras veces en antagonismo represivo” (Cooper 1994: 1510).

Como en el caso de los Estados europeos, la categoría de ciudadanía se estructuró como una de las condiciones centrales para proporcionar derechos y responsabilidades frente a la organización política estatal. Asimismo, ésta se impuso como una forma de consenso obligado frente al territorio estatal.

Bajo el ordenamiento capitalista se planteaba la creación de experiencias y sentidos de mundo anclados, ya que, si bien las subjetividades son diversas y se constituyen a partir de experiencias y sentires que se localizan en distintos territorios, la subjetividad capitalista pretendía fijar los imaginarios para asegurar el disciplinamiento social y la acumulación de capital.

El territorio hegemónico no sólo reprodujo divisiones a partir de las fronteras, sino que también apoyó la narrativa de que la sedentarización era un elemento necesario para la modernización. Como ya se mencionó, la centralización y control de los flujos de personas, mercancías y capital era fundamental para el capitalismo, por lo que la movilidad no regulada por el Estado fue representada como una amenaza para dicho ordenamiento y sus fronteras. De tal suerte, la estatalidad también ha promovido la exclusión y violencia de personas que configuran sus subjetividades a partir del movimiento, como podrían ser las comunidades nómadas y migrantes.

Para la subjetividad homogeneizante y para la identidad nacional, las poblaciones migrantes han sido representadas como víctimas o criminales, lo cual reproduce la concepción dicotómica moderno-colonial y justifica la subordinación en contra de sus cuerpos. Bajo esa perspectiva, las poblaciones migrantes pocas veces son pensadas como sujetas activas que desarrollan subjetividades a partir de la movilidad y las condiciones materiales a las que se enfrentan. Sin embargo, aunque la estructura dominante ha procurado anclar las subjetividades, éstas se crean y cambian a partir de diversos procesos sociopolíticos (Topak 2019: 791-193). Inclusive, la movilidad es central para comprender los significados que las personas migrantes dan a sus vidas en espacios y tiempos determinados (Pande 2017: 384). Asimismo, los desplazamientos han sido centrales para la reapropiación y reformulación de sus masculinidades y feminidades.

“Los lugares generalmente representan constelaciones relativamente estables de entidades sociales, materiales y naturales, nuestro movimiento entre escenarios también es una influencia significativa sobre la subjetividad” (Conradson y McKay 2007: 168). Por eso, las subjetividades de las poblaciones migrantes no pueden estar ancladas o comprenderse sólo a partir de los territorios de los que son originarias, ya que sus subjetividades se crean y recrean a partir de los flujos, de los recorridos y de los intercambios que van desarrollando en los diversos lugares en los que se encuentran. Estas formas de percibir y entenderse en el mundo atraviesan las masculinidades, que se configuran como subjetividades relacionales, fluidas y cambiantes.

Para Topek, hay cuatro tipos de subjetividades migrantes: las abyectas, las religiosas, las nómadas y las disidentes. Las primeras tienen que ver con

el rechazo al que se enfrentan las y los migrantes en territorios que piensan como ajenos. Las religiosas se vinculan con los lazos y uniones comunitarios que las poblaciones migrantes generan a partir de la religiosidad en los países de destino. Las nómadas las entiende como aquellas que se sustentan en el discurso de la valentía y la aventura: “estos migrantes se perciben a sí mismos como personas valientes y audaces que no temen enfrentar la violencia. Entienden sus viajes migratorios, en particular el cruce de fronteras, como aventuras: desafíos arriesgados pero gratificantes. Las dificultades del cruce de fronteras son oportunidades para que demuestren su coraje y fortaleza” (Topak 2019: 805). Finalmente, las disidentes son las que se posicionan en contra de las violencias a partir de la participación en protestas. Esta tipología no es absoluta y puede modificarse de acuerdo con los espacios y tiempos en lo que se sitúen las personas migrantes.

A pesar de que la caracterización de Topek fue pensada para describir las migraciones en general, en los siguientes apartados se vinculará con las masculinidades generadas a partir de dichos procesos. Así, además de la clasificación propuesta, se agregará la categoría *hipermasculinidad* de Pande (2017) para estudiar las reconfiguraciones de las masculinidades en movimiento y las violencias contra las y los migrantes a partir de su criminalización y de la militarización de los espacios por los que circulan. Por otra parte, las subjetividades nómadas y las disidentes se considerarán sinónimos porque, aunque la primera se puede vincular con la aventura, el nomadismo “refiere al tipo de conciencia crítica que resiste establecerse en pensamientos y comportamientos codificados socialmente” (Braidotti 1994: 5). Por lo tanto, es una subjetividad que se desvincula del sistema capitalista para abrir abanicos de posibilidades y realidades. Así, se hablará de masculinidades abyectas, religiosas, nómadas/disidentes e hipermasculinas.

Finalmente, también es importante señalar que las migraciones no son un fenómeno contemporáneo y que no sólo se entienden por cálculos racionales. En éstas, las formas hegemónicas de la masculinidad colonial también interactúan y muchas veces condicionan los flujos. Además, en una estructura desigual como la capitalista, la figura del hombre proveedor es un ideal difícil de alcanzar en los territorios que han sido históricamente despojados. Por eso, la migración se configura como una forma de acceder a riquezas, y a la masculinidad, en esa dinámica asimétrica de poder. Así, en un sistema de violencias estructurales, la migración se convierte en una opción para mantener los comportamientos y conductas que el sistema demanda de los hombres (Pande 2017: 387).

3 Reconstrucción de las masculinidades en contextos de movimiento: el caso sudafricano

El género binario es una construcción que ha sido funcional para el despliegue de la modernidad capitalista colonial patriarcal, principalmente por el hecho de que oculta la importancia de los trabajos de cuidados realizados por las mujeres. En África, “durante el periodo colonial, los sistemas de género indígenas fueron trastornados violentamente y reemplazados por las costumbres europeas que abarcaron normas de género patriarcal” (Mfecane 2020: 2). Esto no sólo violentó las relaciones socioafectivas que prevalecían en estos espacios, sino que generó una mala interpretación de las prácticas de los pueblos africanos previas a la colonización europea³.

Además, desde ese momento, el hombre africano fue representado como violento, salvaje y violador, aun cuando los exploradores europeos utilizaron discursos y prácticas de violencia sexual para ocupar los territorios africanos (Comaroff y Comaroff 2010). Es decir, la colonización se acompañó del despliegue de las hipermasculinidades. La subordinación de los hombres negros fue fundamental para garantizar el dominio del hombre blanco. Sin embargo, la colonización también reprodujo el sistema sexo-género colonial que somete a las mujeres, el cual se mantuvo después de las independencias. Inclusive, “la metanarrativa de la victoria nacionalista —y muchas de las historias de ‘resistencia’— se han contado con mayor frecuencia como historias de hombres, con un aire bastante machista en la narración de la confrontación” (Cooper 1994: 1523).

En términos generales, las independencias no cuestionaron los discursos de la modernidad patriarcal, por lo que la idea del macho proveedor, originada en la Europa industrial, se expandió en las relaciones sociales del continente. Antes de la colonización europea, las relaciones entre hombres

³Antes de la colonización, las identidades sexo-genéricas no eran estáticas. Por mencionar un ejemplo, entre los pueblos thonga de Zimbabwe, los kwayama y ovimbundu de Angola, los nuer de Sudán, los fon de Dahomey y los venda de Sudáfrica se realizaban matrimonios entre mujeres. Estas prácticas fueron rechazadas por los colonos europeos e incluso fueron proyectadas como “esclavitud” (Tamale 2020: 102). Además, las praxis “masculinas” y “femeninas” no eran estáticas, lo cual se puede analizar en el trabajo de Ifi Amadiume (1987), *Male daughters, female husbands. Gender and Sex in African Society*. Asimismo, en diversos espacios africanos las mujeres controlaban los mercados y eran parte de la vida pública, como lo demuestran los estudios de las mujeres igbo, yoruba, entre otras.

y mujeres no eran homogéneas en todos los territorios del continente africano. No obstante, aunque en algunos espacios había relaciones político-económicas que sujetaban a las mujeres, en ciertos territorios las mujeres podían acumular riquezas y organizarse en instituciones políticas, por lo que eran parte fundamental de la vida pública de las comunidades, como lo ejemplifican las comunidades igbo en Nigeria o las ewe en Ghana (Parpart 1986: 2).

En el reino zulu, al sur del continente, “no había una línea rígida de división del trabajo por género” (Moagi y Mtombeni 2021: 1121). Las mujeres en el sur de África participaban en los procesos productivos junto con los hombres y no estaban confinadas a la esfera doméstica. Las mujeres san, por ejemplo, participaban en las decisiones públicas y también podían tener poder espiritual y político (Moagi y Mtombeni 2021: 1123-1124). No obstante, tras las independencias, los hombres fueron los que asumieron los espacios de poder, manteniendo a las mujeres fuera de las actividades públicas y productivas⁴. Además, en el territorio sudafricano, aunque los hombres negros tuvieron acceso a ingresos económicos, no fueron los que concentraron el poder político hasta finales del siglo XX. Así, aunque su masculinidad estuvo asociada con la hegemonizante, ésta seguía estando subordinada a la colonial.

A finales del siglo XX, la capacidad financiera de la mayoría de los hombres a nivel mundial comenzó a verse afectada por la crisis sistémica, lo que permitió el acceso de las mujeres a los espacios públicos para asegurar los ingresos necesarios para el mantenimiento de las familias. En el caso particular de los países del sur, los programas de ajuste estructural y el incremento de las injusticias y desigualdades afectaron los ingresos y empleos de los varones pauperizados. Así, los hombres jóvenes, principalmente, se veían imposibilitados para acceder a los ideales de la masculinidad hegemonizante dentro de sus espacios nacionales (Ammann y Staudacher 2021: 760).

La crisis del neoliberalismo contribuyó al incremento de las migraciones, ya que éstas se convirtieron en procesos para disminuir las tensiones en los países de origen, debido a que los hombres migrantes podían tener acceso a riquezas (fuera de sus Estados), que posibilitaban la reproducción del ideal de masculinidad vinculado a la provisión en sus Estados (Rodríguez 2017: 745). Por su parte, en los países de destino se ha culpado a las personas migrantes

⁴Esta situación no fue exclusiva de África. En prácticamente todos los países del mundo el poder político estaba reservado para los hombres.

de los problemas socioeconómicos de sus territorios, lo que ha justificado las violencias y criminalización en su contra. Frente a la crisis civilizatoria, se asume que “los hombres se sienten desempoderados e incapaces de vivir sus propias expectativas y las de sus sociedades. Algunos hombres compensan sus derrotas percibidas arremetiendo violentamente —generalmente contra las mujeres, pero también contra los hombres, especialmente aquellos representados por estar tomando sus puestos de trabajo y/o sus mujeres” (Musariri y Moyer 2021: 889).

En Sudáfrica, la xenofobia no se puede desligar de la crisis civilizatoria a nivel mundial. De 2010 a 2020, las migraciones dirigidas a Sudáfrica se han incrementado en más de cien puntos porcentuales. Además, de acuerdo con información de la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC por sus siglas en inglés), la mayoría de estos migrantes provienen de Zimbabwe, Mozambique y Angola, aunque también hay personas migrantes de países asiáticos como India, China y Bangladesh. Los hombres que llegan a Sudáfrica van reconfigurando sus masculinidades a lo largo de su recorrido: desde que salen de sus países de origen y hasta que llegan a su destino. Éstas, a su vez, deben interactuar con las subjetividades de los hombres sudafricanos al llegar al país.

De acuerdo con Pande, en Sudáfrica se pueden identificar tres grandes categorías de masculinidad: la masculinidad blanca, que mantiene la estructura de clase en el dominio político económico incluso tras del derrocamiento del apartheid; la masculinidad rural, en donde las instituciones indígenas tienen un papel relevante, y la masculinidad negra urbana (Pande, 2017: 387). Todas estas masculinidades, a pesar de ser relacionales, aspiran a la hegemónica. Bajo esa estructura, las poblaciones migrantes son colocadas en un “rincón de la vida”, donde la violencia, desigualdad y precarización delimitan sus conductas e identidades para devenir hombres. Las formas en la que los hombres migrantes han respondido a este confinamiento son múltiples, pero en muchos casos los espacios ocupados son reapropiados para crear nuevas masculinidades situadas desde las subjetividades abyectas, religiosas y nómadas-disidentes.

La idea de que las poblaciones migrantes están arrinconadas tiene que ver con la manera en la que interseccionan las opresiones y marginalizaciones. De tal suerte, hay un entretrejo de intersubjetividades en donde la exclusión no sólo es un elemento metafórico, sino que se materializa y territorializa en los espacios de tránsito y asentamiento a partir de violencias físicas, estructurales y simbólicas. Por esa razón, las diferentes masculinidades migrantes se ubican y recrean en espacios concretos, y estas pueden cambiar

a pesar de que sean las proyecciones de los mismos sujetos (Musariri y Moyer 2021: 889-892).

Para diversas comunidades africanas, el desplazamiento y la colectividad eran necesarias para la construcción de las masculinidades. Por ejemplo, para las poblaciones xhosa del sur de África, la masculinidad era otorgada por la colectividad, a diferencia del planteamiento moderno occidental en el que la masculinidad responde a acciones, deseos o prácticas individuales. De hecho, para estos pueblos la masculinidad se construía a partir de rituales de incorporación que se desarrollaban a lo largo de las diferentes etapas de la vida. Estas ceremonias eran indispensables para que las personas fueran incorporadas socialmente, ya que si no las cumplían no podían ser consideradas adultas (Mfecane 2020: 3-4)⁵.

Desde el periodo colonial y con el establecimiento de migrantes europeos para trabajar en las minas sudafricanas, la migración se proyectó como una forma de acceder a recursos económicos, los cuales, a su vez, podrían garantizar la reproducción de la masculinidad hegemónica, que responde a la acumulación o apropiación individual. Asimismo, en las zonas mineras, el comercio sexual y el alcoholismo se consolidaron como prácticas comunes, convirtiéndose en características centrales de las masculinidades impuestas (Musariri y Moyer 2021: 890). Esta condición se ha mantenido en las dinámicas de algunas subjetividades abyectas, las cuales reproducen violencias en contra de las subjetividades que identifican como inferiores, las cuales son generalmente proyectadas en los cuerpos de las mujeres sudafricanas.

En 1980, tras la independencia de Zimbabwe y la crisis económica ligada al neoliberalismo, las migraciones de zimbabuenses se incrementaron en Sudáfrica. De hecho, en la actualidad son el principal grupo inmigrante

⁵Para las y los xhosa, el tránsito de niño a hombre se da a través del *ulwaluko/ulwaluka*, que implica la circuncisión sin anestesia. Posteriormente, los hombres pasan por un periodo de reclusión donde se les enseña sobre la cultura xhosa y los misterios de la masculinidad. Los valores que muestran la hombría son la fuerza, valentía, respeto, serenidad y la capacidad de escucha para aceptar consejos. Así, se puede observar que la masculinidad xhosa es relacional y colectiva. Por otro lado, entre las comunidades xhosa no había un imperativo social que exigiera que los hombres demostraran constantemente su hombría, como sí ocurre con la masculinidad hegemónica. De tal suerte, a pesar de que la masculinidad se vinculaba con una característica física, las dinámicas sociales eran fundamentales para el respeto de las comunidades. Inclusive, los hombres que realizaban prácticas homoeróticas no perdían su masculinidad. No obstante, en la actualidad las sociedades demandan discreción frente a los actos considerados homosexuales (Mfecane 2020: 5-9).

en el país. Muchas de las poblaciones migrantes zimbabuenses habían sido educadas bajo los parámetros occidentales. Empero, a pesar de contar con los títulos universitarios, no tenían empleos. Por otra parte, refugiadas y refugiados somalíes también comenzaron a llegar a Sudáfrica por la Ley de refugiados de 1998, la cual les proporcionaba el estatus de “legal” dentro del territorio (Shaffer, Ferrato y Jinnah 2018: 161). No obstante, aunque Sudáfrica se había posicionado como un país de acogida de migrantes tras el fin del apartheid, la crisis neoliberal contribuyó al desarrollo de discursos contra la migración para justificar la incapacidad del gobierno para proporcionar servicios sociales y condiciones laborales dignas (Mangezvo 2016: 90).

En algunos casos, llegar a Sudáfrica no es la primera opción de las poblaciones migrantes que llegan al país, como lo ejemplifican los migrantes de Somalia y Bangladesh, quienes, al ser rechazados de Europa, América del Norte y Medio Oriente, deciden dirigirse a Sudáfrica (Pande 2017: 391). Así, Sudáfrica se ha convertido en una opción por la hostilidad para llegar a los países del llamado norte global, pero también porque el Estado es percibido como un espacio que puede abrir las puertas para ingresar a otros territorios.

Los lugares de destino de las migraciones, al igual que sus subjetividades, cambian a partir de las vivencias en los recorridos, debido a las “realidades subjetivas —definidas como recursos, aspiraciones, memorias y experiencias— para determinar cuándo, cómo y dónde migrar incluso en el contexto de las migraciones forzadas” (Shaffer, Ferrato y Jinnah 2018: 160). Por otra parte, a pesar de los estereotipos en torno a ciertas actividades, los migrantes están dispuestos a realizar dichas labores para acceder a riquezas materiales que les permitan recuperar estima en sus lugares de origen. Así, incluso desde la abyección del lugar de destino, los migrantes pueden fortalecer sus masculinidades en los lugares de origen.

Por ejemplo, algunos hombres migrantes que llegan a Sudáfrica deben realizar actividades que consideran “femeninas”, como el trabajo en servicios, para acceder a ingresos que les permitan reconfigurar su masculinidad fuera del espacio de migración. Al estar lejos de sus seres queridos, no tienen que enfrentarse a las críticas y al escrutinio por realizar labores domésticas. Además, ellos “toleran” esos trabajos, porque esperan acumular recursos económicos significativos, que les permitan regresar a sus comunidades y demostrar que pueden proveer a sus familias. Inclusive, para las comunidades migrantes de Bangladesh, migrar a las minas en Sudáfrica se ha consolidado como un rito de pasaje (Mangezvo 2016: 88-91). Por lo que realizar estas tareas permite la configuración de las masculinidades abyectas.

Algunas de las poblaciones que provienen de Zimbabwe, por ejemplo, se dirigen a Sudáfrica para trabajar el campo a pesar de que esto genera ciertos retos para su respetabilidad en su país de origen. En general, el trabajo de campo se piensa como una labor marginal y de estatus bajo (Bolt 2010: 378), ya que, de acuerdo con las lógicas del capital, los espacios de desarrollo son específicamente las ciudades. Asimismo, aunque realicen trabajos que no los satisfacen, con lo que ganan en Sudáfrica algunos garantizan que sus hijos vayan a buenas escuelas o pueden comprar un terreno (Mangezvo 2016: 91), lo que en sus comunidades les permite tener un crecimiento en la estructura social. De tal suerte, frente a la agudización de las violencias estructurales a nivel mundial, la migración es una alternativa de supervivencia desde la subjetividad de la abyección para generar ingresos y recuperar la masculinidad “perdida” tras el desempleo, al menos en el país de origen.

A partir de 2008, la violencia en contra de las poblaciones migrantes se ha incrementado en Sudáfrica, lo cual coincide con el decrecimiento del Producto Interno Bruto del país, de acuerdo con datos del Banco Mundial. No obstante, esto no ha contenido ni disuadido los flujos migratorios (Shaffer, Ferrato y Jinnah 2018: 168), a pesar de que para 2018 el 28% de las y los sudafricanos se encontraban desempleados y que esta cifra era mayor para las poblaciones migrantes (Musariri y Moyer 2021: 890). Para el gobierno, culpar a las personas que ingresan al país de la deplorable situación económica ha resultado una opción más redituable que atender las desigualdades estructurales. Por su parte, para los hombres sudafricanos, culpar a los migrantes de la “desvirilización” producida por el desempleo y la crisis sistémica ha sido menos humillante que aceptar las fallas de sus líderes y la continuación de la subordinación económica nacional frente a las dinámicas extractivas.

Inclusive, los actos de violencia directa contra las poblaciones han sido justificados porque se asume que el gobierno no está haciendo su trabajo para detener el ingreso de poblaciones foráneas, pero no por la reducción de servicios básicos. De hecho, en algunos casos las personas justifican estos actos violentos, a pesar de no participar en ellos, con el fin de disciplinar los cuerpos que obtienen “recursos que no les corresponden” (Mangezvo 2016: 93). Estas violencias no sólo se basan en dualismos nacionalistas, ya que incluso entre las poblaciones migrantes se llegan a reproducir discursos

violentos sustentados en los ejes de dominación de raza, clase, género y sexualidad⁶ (Bolt, 2010: 390).

“La migración desestabiliza nociones de feminidad y masculinidad mientras los migrantes buscan reinventarse a sí mismos en las comunidades de acogida” (Mangezvo 2016: 88). Empero, también van creando espacios de pertenencia tanto en los recorridos como en los territorios de llegada (Shaffer, Ferrato y Jinnah 2018: 163). Las masculinidades de las poblaciones migrantes no son estáticas, sino que se transforman a lo largo de las trayectorias y por la interacción que tienen con otras masculinidades. En algunos casos, la reconfiguración de las masculinidades migrantes se consigue a partir de la unión, como lo demuestran los hombres que trabajan recolectando en granjas al sur del río Limpopo en la frontera entre Zimbabwe y Sudáfrica. No obstante, las masculinidades migrantes generalmente se refuerzan a partir del discurso del dominio sexual contra las mujeres locales (Bolt 2010: 378-380).

A lo largo del viaje hacia Sudáfrica, la masculinidad de los migrantes de Bangladesh se entiende en relación con una jerarquía que coloca a los traficantes en la cúspide y subordina a las poblaciones en desplazamiento, dejándolas en un sitio de impotencia. Finalmente, al llegar a Sudáfrica, los hombres buscan “recuperar” su masculinidad a partir del fortalecimiento de las hipermasculinidades o de masculinidades religiosas asociadas con la Ummah o comunidad musulmana (Pande, 2017: 384). En el primer caso, las masculinidades abyectas buscan recuperar su dignidad por medio del fortalecimiento de hipermasculinidades, que se sustenta en la violencia sexual contra los cuerpos feminizados en Sudáfrica. Así, buscan recobrar la hombría perdida en el viaje a partir de la práctica y discursos sexuales que reproduce la masculinidad falocentrada del dominio colonial. De tal suerte, el discurso de la ocupación de los cuerpos de las mujeres también plantea la reapropiación de los espacios donde los violentan y excluyen (Bolt 2010: 387). En el segundo caso, la masculinidad se recupera señalando la debilidad de los hombres que reproducen prácticas adictivas —como la prostitución, el alcoholismo y “las mujeres”—, que atentan contra lo que estas asociaciones con el devenir hombre (Pande, 2017: 397-401).

Los hombres de Zimbabwe que trabajan en las granjas sudafricanas entienden sus circunstancias, pero tienen aspiraciones a partir de sus posiciones en la dinámica de clase. Así, algunos trabajos o territorios son pensados como zonas de espera para un futuro mejor. De tal suerte, conciben estas labores como una escala para encontrar nuevas opciones (Bolt 2010:

⁶Las poblaciones de Zimbabwe, por ejemplo, asumen que los shona están más educados que los ndebele y los venda.

381-384). Lo mismo pasa con los zimbabuenses que buscan trabajos en las ciudades y que cuentan con algún grado académico. No obstante, frente a la precarización algunos también se involucran en actividades ilegales para enviar dinero a sus familias y mostrar que no han fracasado (Musariri y Moyer 2021: 896), reforzando las hipermasculinidades que se fortalecen por medio de prácticas necro-empoderantes.

A pesar de los intentos por categorizar y definir dichas subjetividades, “las masculinidades son desafiadas, reafirmadas y reconfiguradas” (Musariri y Moyer 2021: 890) en los espacios de acogida y en los trayectos. Los hombres que llegan a ser deportados tienden a enfrentarse a procesos más profundos de humillación. Para muchas de las poblaciones migrantes, regresar a sus territorios no es una opción porque eso muestra el fracaso frente a sus comunidades. Por eso, la deportación se configura como un obstáculo para la “recuperación” de la masculinidad. De tal suerte, los hombres prefieren atravesar las condiciones que los ponen en peligro a regresar a sus países de origen (Musariri y Moyer 2021: 896-898).

Algunas de las estrategias para sobrellevar esta situación es trabajar de manera más ardua o reinterpretar la aventura de la migración para reconfigurarse a sí mismos (Ammann y Staudacher 2021: 763). En términos generales, los peligros de la migración son representados como parte de la hombría (Pande, 2017: 393). Así, aunque los hombres sudafricanos se burlen de los migrantes que atraviesan el río Limpopo “lleno de cocodrilos”, esta situación se convierte en una imagen de valentía para los migrantes. Esto es lo que Topek define como subjetividad nómada, empero, esta no transforma la materialidad, sólo pretende contrastar discursos subordinantes.

Por otra parte, la principal estrategia de supervivencia en el país de destino ha sido la construcción de espacios propios para integrarse en dicho ambiente conflictivo. Algunas tácticas incluyen salir con mujeres locales, la selección de la residencia, hablar isiXhosa para interactuar en ciertos lugares de manera más sencilla —por la cercanía del idioma con las lenguas locales—, vigilar y cuidarse entre ellos, etcétera. Las poblaciones ndelebe, que son minoritarias en comparación con las shona migrantes, tienden a adaptarse más a la lengua, sobre todo en espacios habitados por comunidades xhosa y zulu. El objetivo de esta acción es no profundizar la abyección de sus subjetividades (Mangezvo 2016: 102).

En otros casos, actividades deportivas como el fútbol permiten hacer frente a las violencias. Asimismo, la reapropiación espacial para el desarrollo de las actividades ha servido para configurar esas territorialidades donde se negocian las masculinidades, lo cual podría vincularse de manera estrecha

con las masculinidades disidentes. En esta estrategia, la apropiación de los espacios, como los campos de la Universidad de Stellenbosch, es central. Mangezvo (2016) describe que los equipos de fútbol en Stellenbosch se crearon para intercambiar información, ideas y noticias para la protección de las poblaciones migrantes, Mangezvo señala que las poblaciones pueden hacer frente a la xenofobia al crear comunidad ocupando espacios que “no les corresponden”. Así, pueden permanecer en territorios para expresarse sin ser ridiculizados, expresando de manera más abierta sus subjetividades masculinas. En el campo de Stellenbosch, los hombres presumen la materialización de su estatus o de lo que han conseguido en Sudáfrica, como teléfonos, ropas, accesorios, entre otros, algo que pocas veces pueden hacer frente a las poblaciones sudafricanas por la violencia xenófoba.

En estos espacios, las subjetividades se centran en los migrantes, quienes representan a los hombres sudafricanos como racistas, flojos, no educados, borrachos y violentos. Todo esto demuestra “cómo el espacio/tiempo se vuelve algo importante en las formas en las que cuerpos/personas particulares vinculan sentidos y significados y cómo estos se convierten en caminos para entender su posición y sus subjetividades” (Mangezvo 2016: 100). A pesar de esto, aunque la reconfiguración territorial permitió la construcción de masculinidades disidentes, con el paso del tiempo se produjeron nuevas jerarquías de masculinidades al interior de las comunidades. Inclusive, a pesar de que en un primer momento estos espacios permitían liberar ciertas tensiones de los migrantes frente a los connacionales, más adelante algunas prácticas de las masculinidades hegemónicas comenzaron a reproducirse entre las mismas poblaciones en movimiento.

A pesar de esto, las poblaciones migrantes no sólo reconfiguran su subjetividad masculina a partir de la violencia, algunos más lo hacen desde narrativas relacionadas con la religión y el celibato. El vínculo religioso también genera nuevas masculinidades, y aunque estas asociaciones contribuyen a la generación de comunidad y permiten que ciertos hombres no estén tan “arrinconados”, también pueden fortalecer la desmasculinización. Por ejemplo, Musariri y Moyer (2021) cuentan que uno de los hombres con los que dialogaron señalaba que la iglesia le proporcionó espacios para poder sobrevivir en el contexto migratorio, como un techo donde dormir. Sin embargo, cuando comenzó a generar vínculos afectivos con una mujer, los ancianos de la iglesia le sugirieron a la mujer que buscara a un hombre con ingresos estables que le pudiera dar una mejor calidad de vida.

Para muchos hombres migrantes, el agruparse en la comunidad religiosa y no alterar sus prácticas para convertirse en buenos esposos es parte de su masculinidad. Inclusive, para estos sectores, no involucrarse en actividades criminales sigue representándose como algo que debe ser admirado y respetado. En algunos casos, los hombres que trabajan vendiendo en la calle se auto representan como trabajadores y responsables frente a los “flojos criminales”, generando una masculinidad situada en las calles y confrontando a las subjetividades que subordinan dichas actividades (Musariri y Moyer 2021: 897-900). Esto demuestra que las masculinidades no son homogéneas a pesar de aspirar al ideal de provisión, y que sus discursos son múltiples, por lo que no podemos generalizar las prácticas ni estrategias de subjetividad y territorialidad de las poblaciones migrantes.

Ante la profundización de las injusticias con el despliegue neoliberal y la debilidad estatal para proporcionar servicios y bienes básicos a sus poblaciones, incluso en el llamado norte global, la criminalización de la migración ha sido una estrategia para liberar las tensiones y demandas sociales de las poblaciones nacionales, como se analizó en el caso sudafricano. Sin embargo, esta situación también ha reforzado las hipermasculinidades de los sujetos hegemónicos, los cuales desde el periodo colonial estructuraron su masculinidad a partir de la violencia (Comaroff y Comaroff 2010, Fanon 2009). Una de las materializaciones de estas hipermasculinidades es la militarización, la cual se ha proyectado como una alternativa frente al “problema” migratorio.

4 Criminalización de la migración y militarización del Sahara y el Sahel

La militarización fue una de las estrategias de la masculinidad hegemónica colonial para imponer su territorialidad, ya que ésta facultaba el control de ciertos nodos y permitía regular los flujos de personas y mercancías, así como definir las dinámicas sociales en dichos espacios. La militarización ha establecido y mantenido un orden falocéntrico regulado a partir de las armas y de la violencia. Esa estructura ha sido conveniente para los procesos de valorización de capital y para eliminar a la alteridad disruptiva. Por esa razón, en la actualidad, frente a los flujos migratorios se han impuesto “soluciones” militares para regular las “amenazas” identificadas por los países que más se benefician del sistema. Así, las migraciones han sido proyectadas como subjetividades disidentes que ponen en riesgo el decreto

estatal, lo que justifica las hipermasculinidades de los sujetos que dominan el sistema.

A pesar de esto, los procesos migratorios son parte del tejido sociohistórico y político de los diferentes espacios y particularmente de África. Inclusive, aunque el continente ha sido representado como un lugar de expulsión de migrantes, este también ha atraído flujos migratorios a lo largo de la historia. La migración es un proceso muy antiguo en el continente africano (Bangura 2019: 95). No obstante, con la esclavitud y el posterior proceso de colonización, la invención del continente como un territorio periférico crearía una imagen que reproduciría la idea de que África es un área exclusiva de “expulsión” de personas.

A partir del ajuste neoliberal de finales del siglo XX, las migraciones en África comenzaron a incrementarse y a ser representadas como una amenaza para Europa. La crisis estructural del sistema estaba impulsando dichos flujos. No obstante, las deplorables condiciones socioeconómicas no sólo estaban afectando a África, sino a las diversas comunidades alrededor del mundo, como se analizó en el apartado anterior. Por esa razón, no es fortuito que Europa proyectara a la migración africana como una amenaza, ya que se encontraba en un periodo de debilitamiento del Estado de bienestar europeo. En ese contexto, la criminalización de la migración de las poblaciones del sur permitía diluir las causas de la profundización de las violencias estructurales en Europa, con lo que se pretendía disminuir las tensiones sociales dentro de dichos Estados.

A pesar de los discursos europeos, la migración del continente africano sigue siendo principalmente intrafricana, de acuerdo con datos de Naciones Unidas (2017)⁷. Inclusive, más del 50 % de la población migrante africana se desplaza a otros espacios o países dentro del mismo continente. En términos relativos, la migración que se dirige a Europa se ha mantenido constante. De hecho, de 2000 a 2017 no hubo un cambio en el porcentaje de poblaciones migrantes africanas que se desplazaron a Europa. A pesar de esto, en términos absolutos sí ha habido un incremento considerable de personas en movimiento, lo cual no es una tendencia exclusiva de las poblaciones del continente africano que migran a Europa. De acuerdo con datos de la OIM (2022), “la migración internacional dentro de la región africana ha

⁷Aun cuando las y los migrantes africanos han sido constantemente estigmatizados, estas comunidades tienden a desplazarse dentro del mismo continente. Por ejemplo, algunas y algunos migrantes de la región saheliana (la costa sur del Sahara) se dirigen a República Democrática del Congo, donde efectúan labores comerciales, mientras que la población congoleña prefiere emplearse en oficinas (Whitehouse 2013).

aumentado considerablemente desde el año 2000. Y el número de migrantes africanos que viven fuera de la región se ha duplicado con creces desde 1990, con un crecimiento particularmente pronunciado en Europa” (62).

Una de las zonas de mayor interés para las políticas migratorias europeas es el Sahara y el Sahel, debido a que son espacios de tránsito para el cruce por el Mediterráneo. Estas zonas son territorios históricos de movimiento. Inclusive, antes de la imposición europea, esta región era famosa por el comercio caravanero transahariano que comunicaba pueblos y permitía conocer las mercancías de diferentes regiones de Asia, África y Europa. En esta zona, la migración es circular e histórica, por lo que los países han fungido como espacios de origen, tránsito y destino (Neumann y Hermans 2015: 1). No obstante, recientemente la zona ha sido estigmatizada por los flujos migratorios que la atraviesan, lo que a su vez ha fomentado el restablecimiento del control hipermasculinizado con el despliegue de la militarización.

Para algunas de las comunidades que habitan esta zona, la migración está vinculada con la supervivencia, ya que el movimiento en el desierto es central para encontrar bienes básicos. Empero, el desplazamiento también es relevante para generar vínculos sociales y para el desarrollo de sus masculinidades. Por ejemplo, para el pueblo dogon, la migración es un rito de pasaje a la vida adulta y, por lo tanto, a la masculinidad, ya que este proceso evidencia la transición de la niñez a la adultez. Como se mencionó, las comunidades también han migrado para poder acceder a bienes alimenticios. Empero, recientemente, esto ha cambiado por las dinámicas monetarias del sistema capitalista. Ahora, la mayoría de las personas que se desplazan lo hacen para buscar fuentes de empleo, debido a que en este sistema se requiere de un ingreso monetario para poder sobrevivir (Romankiewicz y Doevenspeck 2015: 93). Así, la supervivencia se ha estructurado en torno a una moneda con valor ficticio en lugar del trabajo en y con la tierra para la producción de alimentos.

Durante los primeros años del siglo XXI, los flujos migratorios en el Sahel aumentaron⁸. Por ejemplo, en Malí se pasó de 772,866 migrantes en

⁸De acuerdo con la OIM, los desplazamientos africanos hacia Europa se pueden entender por los lazos coloniales, por la cercanía y por los acuerdos laborales que establecieron los países europeos tras las independencias de los Estados africanos. En el Magreb, desde 1990, más del 78 % de la población migrante llega a Europa. El caso excepcional era Libia, cuya población se dirigía principalmente a Asia. Esto cambiaría tras el asesinato de Muammar Gaddafi en 2011. A partir de ese momento, las migraciones se incrementaron debido a que el líder libio controlaba los flujos migratorios no sólo por la vigilancia de las fronteras, sino porque su Estado se consolidó como un país

el año 2000 a 1,303,511 en 2020 de acuerdo con datos de la OIM (2022); es decir, la migración aumentó en un 69 %. Por su parte, Níger pasó de los 205,236 migrantes a 399,707; es decir, un incremento del 95 %. Inicialmente, la ruta occidental fue la más concurrida entre las poblaciones migrantes que cruzaban el desierto para llegar a Europa. Por esa razón, Marruecos comenzó a ser muy relevante para el control del tránsito migratorio, lo cual ha sido uno de los elementos que le permite mantener el apoyo europeo en relación con la ocupación del Sáhara Occidental. En las ciudades españolas de Ceuta y Melilla hay vallas que dividen al territorio de Marruecos, cuya finalidad es detener la migración y el contrabando. Dentro de ambas ciudades están los Centros de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI)⁹, que reciben a las y los migrantes que logran atravesar los muros.

Entre 2005 y 2006, los choques violentos entre las poblaciones migrantes y las fuerzas españolas y marroquíes dejaron a más de una docena de migrantes muertos en Ceuta y Melilla. En 2006 Frontex, que es la agencia europea que gestiona las fronteras externas de los Estados de la Unión Europea, comenzó a desplegar estrategias de militarización en el Sahara y el Sahel. Para Frontex, la migración es un problema de seguridad, por lo que puede ser tratada inclusive por las fuerzas armadas, reforzando la hipermasculinidad colonial. En 2006, la agencia desplegó la tarea conjunta Hera I, que pretendía detener las embarcaciones y regresar a los migrantes que se dirigían a Canarias. Con esta estrategia, diversos países europeos apoyaron a España para realizar el registro de las y los migrantes, lo que posteriormente serviría para deportarlos. Meses después se implementaría Hera II con el objetivo teórico de reducir las muertes de poblaciones que

receptor de migración. Los migrantes que llegaban a Libia podían trabajar principalmente en la industria petrolera, de esta manera, accedían a ingresos económicos sin salir del continente. No obstante, con la muerte del coronel y la inestabilidad en el país, Libia se convirtió en un territorio para la humillación y subordinación de las subjetividades migrantes. De hecho, para 2016 había 30,000 desplazados internos y 56,000 refugiados en el país (OIM 2019: 67). Por su parte, en los países del Sahel occidental, la migración que se dirige a Europa generalmente no supera el 3 %. Inclusive, sólo en Malí ha representado el 10 % y en Mauritania el 28 % durante los últimos años (ONU 2019).

⁹De acuerdo con el Ministerio de Trabajo y Economía Social del gobierno español “Los Centros de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI) de Ceuta y Melilla son establecimientos de la Administración Pública, concebidos como dispositivos de primera acogida provisional y destinados a dar servicios y prestaciones sociales básicas al colectivo de inmigrantes y solicitantes de asilo que llegan a alguna de las Ciudades con Estatuto de Autonomía, en tanto se realizan los trámites de identificación y chequeo médico previos a cualquier decisión sobre el recurso más adecuado en función de su situación administrativa en España”.

atravesaban el Mediterráneo, ya que desde 2014 las regiones que concentran más muertes de migrantes son África y el Mediterráneo (OIM 2022: 32).

No obstante, esto se hizo bajo el argumento de que la migración permite el tráfico ilegal de cuerpos y mercancías, lo que reforzaba la identificación de la migración como un problema de seguridad. El establecimiento de este programa fue conflictivo porque muchos países europeos responsabilizaron a España del incremento de los flujos migratorios por la amnistía que había lanzado. Así, las medidas de protección a las y los migrantes fueron representadas como un impulso para la migración y un riesgo para los europeos. Más adelante, en 2007 se estableció Hera III. La intención de este programa era obtener más información sobre los viajes de los migrantes para poder desplegar mejores estrategias de seguridad (Léonard y Kaunert 2020: 2-7), reforzando la idea de las subjetividades ancladas a territorios nacionales.

La preocupación por los flujos migratorios en la región se fortaleció después del asesinato de Muammar Gaddafi en octubre de 2011. Ese año, la Unión Europea estableció la Estrategia de Seguridad y Desarrollo en el Sahel, que en 2015 sería sustituida por la Aproximación Global de Migración y Movilidad (GAMM) para prevenir y retornar a migrantes. En esta propuesta se incluía la posibilidad de salvar a la gente que estuviera en peligro en el Mediterráneo. Empero, esta acción simplemente ha quedado en el discurso (Romankiewicz y Doevenspeck 2015: 92-93).

A la inestabilidad en Libia se sumaría el conflicto en el norte de Malí y la consiguiente inseguridad en el Sahel. Desde 2015, los flujos migratorios para ingresar a Europa por España, Grecia e Italia aumentaron. Sin embargo, a pesar de que las medidas de contención se han condensado en el Sahel, los países de origen de las poblaciones que quieren atravesar el Mediterráneo no necesariamente son africanos. Por ejemplo, Bangura (2019: 102-103) realizó trabajo de campo en los campamentos de la zona y se dio cuenta que tres cuartas partes de las y los migrantes provenían de Iraq, Siria y Afganistán. Asimismo, la mayoría de estos flujos respondían a cuestiones políticas y no económicas, como generalmente se asume.

El hecho de que las misiones europeas se sigan desarrollando y concentrando en la militarización del desierto demuestra que no hay intención de hacer frente al problema estructural. Así, mientras las fuerzas armadas de occidente siguen ocupando y desestabilizando territorios, las personas continuarán movilizándose (literal y metafóricamente) para hacer frente a las humillaciones e injusticias del sistema.

Ante la crisis en el Sahel, las principales operaciones fueron Tritón y Poseidón, cuyo objetivo era vigilar y controlar las fronteras antes que rescatar a las poblaciones migrantes en peligro. Durante esos años, Frontex colaboró con la OTAN a partir del despliegue del Grupo Marítimo 2 en el mar Egeo, el cual realizó actividades de reconocimiento, vigilancia y monitoreo en las aguas internacionales y territoriales de Turquía y Grecia. Asimismo, colaboraron con Europol en los “puntos calientes” con el objetivo de dismantelar a grupos criminales, los cuales se han incrementado a partir de las tácticas necro-empoderantes de las masculinidades hiperviolentas.

Ese año también se estableció el Fondo Fiduciario de Emergencia de la Unión Europea, que incluyó estrategias como el Programa de Apoyo al Reforzamiento de la Seguridad (PARSEC), con el que se han instalado softwares de Sistemas de Análisis de Datos (MIDAS) en los puestos fronterizos para la obtención de información biométrica que se vincula con las bases de Interpol (Léonard y Kaunert 2020: 9-10). Todo esto demuestra que las soluciones siguen siendo pensadas bajo la lógica de la hipermasculinidad colonial y militar. Además, con estas prácticas, que atraviesan y denigran a los cuerpos, también se pretende agotar las subjetividades disidentes.

La gubernamentalidad de la movilidad se ha dado a partir de diversas estrategias como el establecimiento de Frontex, checkpoints en los sitios de ruta, campos de retención, pero también con medidas preventivas que buscan modificar las subjetividades de los posibles migrantes para que se “gobiernen a sí mismos”. Las estrategias de prevención se han centrado en la difusión de información que resalta lo peligroso del viaje e impulsa la necesidad de obtener visado (Rodríguez 2017: 735-736). Estas acciones siguen soslayando las causas estructurales de la migración, ya que las y los migrantes saben lo peligroso del recorrido. No obstante, también son conscientes de que permanecer en sus territorios es más arriesgado. Así, mientras los gobiernos europeos han gastado recursos para implementar tecnologías cada vez más sofisticadas para la regulación de los flujos, que incluyen “radares y sensores, sistemas de cámaras de vigilancia, sistemas aéreos no tripulados y sistemas de TI de gran escala que manejan información biométrica” (Léonard y Kaunert 2020: 4), las violencias y el despojo a las poblaciones también aumentan.

En 2015 se realizó la Cumbre Valeta por parte de la Unión Europea, donde prácticamente se perfeccionaron los controles fronterizos y la capacidad de identificación de la población migrante. Además, aunque ha habido recursos económicos dirigidos a países de la zona para contener la migración, las condiciones no han cambiado para las poblaciones porque

las soluciones siguen siendo exclusivamente militares. Por ejemplo, en 2016 Níger recibió 100 millones de euros y Malí 91.5, pero las violencias estructurales se mantienen en estos territorios (Langan 2018: 162-165). Por otro lado, las estrategias implementadas para contener el terrorismo en la región, como la Misión de Entrenamiento de la Unión Europea para apoyar a las fuerzas armadas de Malí y Níger, ahora incluyen el tema migratorio (Bøås 2021). Así, la violencia fronteriza “incluye todo el conjunto de procesos mediante los cuales las capacidades somáticas y mentales de los migrantes son reprimidas o destruidas en y más allá de la frontera territorial” (Topak 2019: 795).

Ante las tácticas militaristas, las poblaciones migrantes deben buscar nuevas rutas, que generalmente son más peligrosas. Además, con estos programas, las y los migrantes se ven obligados a permanecer por más tiempo en países de ruta sin los medios necesarios para sobrevivir. Esto ha obligado a la reconfiguración de territorios y subjetividades tanto para las poblaciones migrantes como para las locales. En Níger, por ejemplo, tras el cierre de la frontera en Libia, comenzaron a surgir negocios que se beneficiaban del proceso migratorio (Rodríguez 2017: 736). Todo esto ha generado nuevas formas de extraer y capturar valor en las que tanto la población local como las asociaciones criminales y gubernamentales han participado, lo cual refuerza la proyección de las hipermasculinidades frente a la crisis sistémica.

Estos reajustes económicos han asegurado ingresos para las poblaciones locales ante el olvido estatal. En la mayoría de los casos, los pueblos se dedican a actividades de servicios de cocina y restaurantes para las poblaciones migrantes, aunque otros se han enfocado en el traslado de estas poblaciones (Osland y Erstad 2020: 27. Ajala 2018: 23). Las estructuras necro-empoderantes, que violentan de manera profunda los cuerpos migrantes, han sido aprehendidas por grupos locales, terroristas y criminales, pero también por organismos institucionales corruptos. Los ordenamientos necro-empoderantes “obedecen y encarnan, de manera exacerbada, una amalgama entre las demandas de la masculinidad hegemónica y las demandas del capitalismo global contemporáneo” frente a la llamada crisis de masculinidad representada en la figura del macho proveedor (Valencia, 2014: 73).

Uno de los países donde es más visible la materialización de estas prácticas es Níger. Para 2016, prácticamente la mitad de las poblaciones migrantes que llegaban a Lampedusa, Italia, habían recorrido la ruta de Agadez, lo que reflejaba un cambio en relación con los desplazamientos

previos (Bøås 2021: 54). Frente a esta situación, la Unión Europea presionó al país para que aprobara la ley 36-2015, que criminaliza el desplazamiento de migrantes (Boesen, Marfaing y de Bruijn 2014: 3). Además, Níger fue catalogado como un Estado de tránsito para justificar su militarización. El gobierno nigerino aceptó esa clasificación con el objetivo de obtener recursos. No obstante, estos ingresos no han contribuido al bienestar de la población e incluso han dañado a las y los nigerinos que comenzaron a dedicarse a los servicios en torno a la migración. En algunos casos, la militarización también ha permitido que el gobierno reprima a la población que se opone a su modelo de desarrollo (Frowd 2020). De tal suerte, ¿cómo se pretende erradicar la migración si los planes siguen fortaleciendo las violencias en la zona? (Raineri 2021: 8)

Por su parte, en Libia se desplegó la operación Sophia en 2016 para entrenar a guardacostas libios y bloquear las migraciones. Las poblaciones capturadas son generalmente remitidas a centros de detención, en los que se ha comprobado que hay violencia directa en contra de las y los migrantes. Estas violencias tienen el objetivo de fortalecer la desvirilización de los hombres, por eso la violación no sólo se ejerce en contra de los cuerpos de mujeres. Además, la corrupción es la que determina quién puede salir de ahí, lo que dificulta aún más los intereses de los migrantes y la posibilidad de recrear sus subjetividades (Baldwin-Edwards y Lutterbeck 2019).

En general, estos planes siguen humillando a las poblaciones del continente. Así, para la valorización del capital, los cuerpos africanos y migrantes siguen siendo proyectados en lo que Fanon denominaba el espacio del no-ser. Inclusive, algunos líderes europeos han señalado que rescatar a las poblaciones migrantes del ahogo es un incentivo que atraerá a más personas, por lo que es mejor dejarlas morir (Baldwin-Edwards y Lutterbeck 2019: 2242-2243). Lo anterior demuestra, de manera explícita, que hay vidas que se deben proteger de la “amenaza” de la alteridad sustentada en las subjetividades nacionales, frente a las que no tienen ningún valor.

La Comisión Europea también ha firmado acuerdos con los Estados africanos para que no permitan que los migrantes crucen sus fronteras, lo que ha legitimado las violencias que estos regímenes comenten en contra de las poblaciones locales (Langan 2018: 150). Esta situación refuerza la idea de inferioridad de los pueblos africanos, pero también desdibuja al sujeto que promueve dichas violencias al imponer una cara “reconocida”. Por otra parte, las estrategias de “prevención” también utilizan a poblaciones africanas para llevar a cabo sus prácticas de transformación de subjetividades, fortaleciendo esa difuminación del sujeto que ejerce las

violencias¹⁰. Por otra parte, la “colaboración” con instancias y Organismos No Gubernamentales europeos también promueve el rompimiento del tejido social, porque las poblaciones dejan de confiar en las personas que se alejan de ellas y ellos para beneficiarse de quienes las y los violentan (Raineri 2021: 13-15).

Todas las tácticas antes descritas pretenden reforzar la idea de abyección de las poblaciones africanas, lo cual tiene la intención de moldear sus subjetividades para el propio beneficio de la reproducción del sistema (Topak 2019: 799). Las estrategias de militarización demuestran las formas en las que se han reconfigurado tanto el despliegue como el fortalecimiento de las hipermasculinidades coloniales en los últimos años. Asimismo, estas dinámicas siguen reforzando las identidades duales basadas en la nacionalidad, las cuales garantizan las violencias en contra de las personas en movimiento por la externalización las contradicciones del sistema en sus corporalidades.

5 Reflexiones finales

Las masculinidades son subjetividades que cambian a través de los tiempos y espacios incluso dentro de las mismas poblaciones. Sin embargo, la masculinidad hegemónica, que se proyecta como la ideal, ha sido un atractor para la manera en la que otras masculinidades se configuran y rearticulan. Por eso, en muchos casos, las masculinidades se han vinculado con las violencias. En términos generales, la masculinidad hegemónica se ha apoyado en la militarización que garantiza la ocupación, dominación y explotación de los cuerpos y territorios que son proyectado como diferentes por la modernidad capitalista colonial. Las masculinidades disidentes analizadas en este texto no perduraron y en la mayoría de los casos estas fueron masculinidades de abyección o hipermasculinidades, lo cual no quiere decir que no exista o no sea posible generar alternativas en el marco de las masculinidades. No obstante, las desigualdades y violencias estructurales han dificultado los diálogos en torno a éstas.

La crisis neoliberal ha promovido la proyección de la migración como un obstáculo al desarrollo y bienestar de las poblaciones nacionales,

¹⁰Las y los jóvenes africanos son responsabilizados de muchas de las medidas preventivas. De hecho, se pide que ellos exhorten a las poblaciones locales de no migrar o de pagar visas para hacerlo, las cuales llegan a ser más caras que lo que cobran los traficantes de personas. Una visa puede costar cerca de 4 millones CFA, mientras que el viaje “ilegal” cuesta 300,000; es decir, 7.5 veces menos (Rodríguez 2017: 742).

fortaleciendo las escisiones de dominación que favorecen el ordenamiento estatal que garantiza el control de los flujos comerciales y humanos, y la represión en contra de los grupos que confrontan la acumulación y valorización del capital. Sin embargo, las migraciones han rearticulado las masculinidades en diferentes escalas y dimensiones. Así, aunque los hombres “nacionales” cuestionan la masculinidad de los hombres migrantes, las poblaciones migrantes reajustan sus masculinidades para sobrevivir en espacios de abyección. En ese mismo sentido, las instituciones nacionales e internacionales han justificado la militarización territorial, que refuerza la hipermasculinidad, por la “amenaza” de dichos hombres, pero las poblaciones siguen produciendo nuevas subjetividades.

Por su parte, los hombres migrantes van adecuando sus subjetividades en diferentes momentos de la migración, porque éstas son relacionales y se vinculan con las subjetividades de otras comunidades. No obstante, en la mayoría de los casos, las formas en las que pretenden “recuperar” su masculinidad se da a partir de dos estrategias: la hipermasculinidad, que reproduce las violencias capitalistas, o la abyección, en la que se realizan trabajos subordinados para asegurar el reconocimiento de sus subjetividades en los países de origen. Diversas masculinidades hegemónicas disputan los espacios con relaciones que se entretajan a partir de la intersección de opresiones, por lo que el nacionalismo no es el único que influye en ellas. De hecho, en muchos casos se siguen impulsando ejes de dominación étnicos, lingüísticos, de género y sexualidad. Inclusive, en los campos de fútbol que estudió Mangezvo (2016: 101-102), se siguen reproduciendo discursos violentos y denigrantes contra las poblaciones homosexuales.

Esta articulación de las masculinidades también se vincula con la ocupación de espacios y la producción de nuevas territorialidades. Así, a pesar de que el Estado se ha impuesto como una estructura organizante a nivel mundial desde la consolidación del capitalismo como sistema hegemónico, las territorialidades alternativas han permanecido y podrían permitir la creación de nuevas subjetividades que se desvinculen de las dinámicas del capital. La forma en la que se desdobra la masculinidad hegemónica está “corrompida por la problemática historia del género en el norte” (Mfecane 2020, p. 2), por lo que analizar las subjetividades y territorialidades de y desde otros espacios podría contribuir a desanclarlas.

Finalmente, los hombres que migran tienden a ocupar ciertos lugares para dialogar y construir sus masculinidades en los territorios de exclusión (Musariri y Moyer 2021: 894-895). No obstante, las mujeres generalmente quedan relegadas de estas dinámicas. Así, para crear subjetividades

disidentes vinculadas con la masculinidad, sería necesario que también se cuestionen los ideales de las masculinidades dominantes y se fomenten diálogos con los diversos grupos excluidos de las relaciones de poder capitalistas.

Bibliografía

AGNEW, John y OSLENDER, Ulrich (2010) “Territorialidades superpuestas, soberanía en disputa: lecciones empíricas desde América Latina”, *Tabula Rasa* 13: 191-213.

AJALA, Olayinka (2018) “US Drone Base in Agadez. A Security Threat to Niger”, *The Rusi Journal* 163(5): 20-27.

AMMANN, Carole y STAUDACHER, Sandra (2021) “Masculinities in Africa beyond crisis: complexity, fluidity, and intersectionality”, *Gender, Place & Culture* 28(6): 759-768.

BALDWIN-EDWARDS, Martin y LUTTERBECK, Derek (2019) “Coping with the Libyan migration crisis”, *Journal of Ethnic and Migration Studies* 45(12): 2241-2257.

BANCO MUNDIAL. Crecimiento del PIB (% anual) - South Africa. Disponible en: <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=ZA>.

BANGURA, Joseph J. (2019) “Cloud on the Horizon: African Migration, Transnationalism, and Social Osmosis”, *Insight Turkey* 21(1): 95-110.

BØÅS, Morten (2021) “EU migration management in the Sahel: unintended consequences on the ground in Niger?”, *Third World Quarterly* 42(1): 52-67.

BOESEN, Elisabeth; MARFAING, Laurence y DE BRUIJN, Marjam (2014) “Nomadism and mobility in the Sahara-Sahel: introduction”, *Canadian Journal of African Studies* 48(1): 1-12.

BOLT, Maxim (2010) “Camaraderie and its Discontents: Class Consciousness, Ethnicity and Divergent Masculinities among Zimbabwean

Migrant Farmworkers in South Africa”, *Journal of Southern African Studies* 36(2): 277-393.

BRAIDOTTI, Rosi (1994). *Nomadic subjects: embodiment and sexual difference in contemporary feminist theory*. Nueva York: Columbia University Press.

CECEÑA, Ana Esther (2018) “Territorialidad del poder”, *Inclusiones* 5: 178-193.

CHIODI, Agostina (2019) *Varones y masculinidad(es). Herramientas pedagógicas para facilitar talleres con adolescentes y jóvenes*. Ciudad autónoma de Buenos Aires, Argentina.

COMAROFF, Jean and John (2010) “Africa Observed. Discourses of the Imperial Imagination”, en: Gringer, Richard, et al. (eds.), *Perspectives on Africa. A Reader in Culture, History and Representation*. Nueva Jersey: Wiley- Blackwell, pp. 32-43.

COMUNIDAD DE DESARROLLO DE ÁFRICA AUSTRAL (2021) “Migration Data in the Southern African Development Community” *Migration Data Portal*. Disponible en: <https://www.migrationdataportal.org/regional-data-overview/southern-africa>

CONRADSON, David y MCKAY, Deirdre (2007) “Translocal subjectivities: Mobility, Connection, Emotion”, *Mobilities* 2(2): 167-174.

COOPER, Frank (1994) “Conflict and Connection: Rethinking Colonial African History”, *The American Historical Review* 99(5): 1516-1545.

ESCOBAR, Arturo (2014) *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones UNAULA.

FANON, Frantz (2009) *Piel negra, máscaras blancas*. Akal: Madrid.

FEDERICI, Silvia (2018) *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.

FROWD, Philippe M. (2020) “Producing the ‘transit’ migration state: international security intervention in Niger”, *Third World Quarterly* 41(2): 340-358.

GANDARILLA SALGADO, José Guadalupe (2012) “Globalización: Complejos militares, empresariales y Estado nación”, *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*, IIS-UNAM. Disponible en: https://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/614trabajo.pdf

LAFONTAINE CARBONI, Julien (2021) “Inmóviles, pero no quietos. La sedentarización de los saharauis como estrategia de adaptación y respuesta a la supervivencia. Sobre la posibilidad de un nomadismo inmóvil”, *Tabula Rasa* 37: 17-48.

LANGAN, Mark (2018) *Neo-Colonialism and the Poverty of ‘Development’ in Africa*. Londres: Palgrave Macmillan.

LÉONARD, Sarah y KAUNERT, Christian (2020) “The securitisation of migration in the European Union: Frontex and its evolving security practices”, *Journal of Ethnic and Migration Studies*: 1-13. DOI: <https://doi.org/10.1080/1369183X.2020.1851469>

MANGEZVO, Pedzisayi Leslie (2016) “‘Sheperding a leopard’: Football, masculinities and the spatial politics of xenophobia among Zimbabwean male migrants in Stellenbosch”, *Agenda Empowering women for gender equity* 30(2): 86-107.

MFECANE, Sakhumzi (2020) “Decolonising Men and Masculinities research in South Africa”, *South Africa Review of Sociology* 51(2): 1-15.

MINISTERIO DE TRABAJO Y ECONOMÍA SOCIAL, “Centros de Estancia Temporal de Inmigrantes”, Gobierno de España. Disponible en: https://www.mites.gob.es/es/guia/texto/guia_15/contenidos/guia_15_37_3.htm.

MOAGI, Lefatshe Anna y MTOMBENI, Butholezwe (2021) “Women in Pre-colonial Africa: Southern Africa”, en: Yacob-Haliso, O. y Falola, T. (eds.), *The Palgrave Handbook of African Women’s Studies*. Cham: Palgrave Macmillan.

MUSARIRI, Linda y MOYER, Eileen (2021) “A black man is a cornered man: migration, precarity and masculinities in Johannesburg”, *Gender, Place and Culture. A Journal of Feminist Geography* 28(6): 888-905.

MUDIMBE, V. Y. (1988). *The invention of Africa. Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.

NEUMAN, Kathleen y HERMANS, Frans (2015) “What Drives Human Migration in Sahelian Countries? A Meta-analysis”, *Population, Space and Place* 23(1) e1962. DOI: 10.1002/psp.1962.

OIM (2019) *World Migration Report 2020*. Disponible en: https://publications.iom.int/system/files/pdf/wmr_2020.pdf.

OIM (2020) *Informe sobre las migraciones en el mundo 2020*. Ginebra: Organización Internacional para las Migraciones.

OIM (2022) *Informe sobre las migraciones en el mundo 2022*. Ginebra: Organización Internacional para las Migraciones.

OSLAND, Kari M. y ERSTAD, Henriette U. (2020) “The Fragility Dilemma and Divergent Security Complexes in the Sahel”, *The International Spectator* 55(4): 18-36.

PANDE, Amrita (2017) “Migrant Bangladeshi Men in South Africa”, *Gender and Society* 31(3): 383-406.

PARPART, Jane (1986) “Women and the State in Africa”, *Working Paper* 117, Dalhousie University.

PORTO GONÇALVES, Carlos Walter (2002) “Da geografia às geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades”, en: Ceceña, A. y Sader, E. (comps.), *Guerra Infinita: Hegemonía y terror mundial*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 217-246.

RAINERI, Luca (2021) “The Bioeconomy of Sahel Borders: Informal Practices of Revenue and Data Extraction”, *Geopolitics* 27(5): 1-22. DOI: <https://doi.org/10.1080/14650045.2020.1868439>.

RANGER, Terence (2002) “La invención de la tradición en el África colonial”, en Hobsbawn, E. y Ranger, T. (2012), *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, pp. 219-272.

RODRIGUEZ, Anne-Line (2019) “European attempts to govern African youths by raising awareness of the risk of migration: ethnography of an encounter”, *Journal of Ethnic and Migration Studies* 45(5): 735-751.

ROMANKIEWICS, Clemans y DOEVESPECK, Martin (2015) “Climate and Mobility in the West African Sahel: Conceptualising the Local Dimension of the Environment and Migration Nexus”, en: Greschke, H. y Tischler, J., *Grounding Climate Change. Contributions from the Social and Cultural Sciences*. Dordrecht: Springer, pp. 79-100.

SHAFFER, Marnie; FERRATO, Giulia y JINNAH, Zaheera (2018) “Routes, locations, and social imaginary: a comparative study of the on-going production of geographies in Somali forced migration”, *African Geographical Review* 37(2): 159-171.

TOPAK, Özgün E. (2021) “Border Violence and Migrant Subjectivities”, *Geopolitics* 26(3): 791-781.

UN (2017) International Migration Report 2017. Nueva York, Naciones Unidas. Disponible en: https://www.un.org/en/development/desa/population/migration/publications/migrationreport/docs/MigrationReport2017_Highlights.pdf.

VALENCIA, Sayek (2014) *Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no-violenta del tejido social en el México contemporáneo*. Tijuana: Colegio de la Frontera.

WHITEHOUSE, Bruce (2013) “Overcoming the economic fallacy social determinants of voluntary migration from the Sahel to the Congo Basin”, en: Kane, A. y Leedy, T. (eds.) *African Migrations: Patterns and Perspectives*. Indiana: Indiana University Press.